



Rubén Darío

Salomón de la Selva

## La Política y Rubén

*Continuación...*

**Alejandro Reyes Huete**

Así se expresó Darío en "Rojo y Negro", Costa Rica, 1891.

Los cacicazgos, las luchas sangrientas por el predominio, las banderas políticas como pantallas de ambiciones personales inconfesables, las declaraciones de principios en que campean los sonoros postulados: igualdad, justicia, libertad, incapaces, sin embargo de resistir los continuos vendavales que la política de campanario desata dentro de los nublados horizontes de la vieja Capitanía, todos esos males han contribuido y contribuyen a la restauración de la Patria nuestra, desarticulada aún, no obstante los poderosos vínculos comunes inevitables que ostenta, como la religión, la lengua, la tradición y el destino político-geográfico. Tal es la fuerza disolvente del interés personal y de las rivalidades locales, males heredados de la vieja Iberia.

Darío no fue político de grupo, ni pudo serlo. Fue refractario al contacto directo con el pueblo, su temperamento de "élite" rechazó toda comunión con la muchedumbre, aún disfrazada con el manto de la democracia, sirena atrayente que no pudo cautivarlo, porque no creyó en sus cantos, y era alérgico a la tosquedad y grosería de las cantidades sin calidad. A través de toda su obra hace sentir esa característica suya. Su mayor referencia era por la Monarquía, no como sistema sino en cuanto a forma. Donde había títulos y apellidos ilustres, escudos

mobiliarios, esplendor, fausto protocolario, condecoraciones y pergaminos, Darío se sentía deslumbrado y feliz como si reanudara capítulos de su vida pasada.

Comprenderá la realidad de esta aseveración quien lea las crónicas de su encuentro con testas coronadas de los viejos continentes. ¡Con cuánta veneración y simpatía los pinta! A veces hasta dan ganas de sentirse uno vasallo de semejantes "majestades", para vivir un rato la aladínica vida de la nobleza dieciochesca.

Darío no fue político de grupo. Desde niño supo codearse con los hombres del poder en Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Costa Rica, Chile, Argentina y España. Cultivó amistades con valiosos exponentes de la cultura en esos países y en Cuba, México, Brasil, Uruguay, Francia, etc. Estas relaciones se debieron a su estirpe de poeta, el poeta máximo de su tiempo. No le dió lustre a la política, ni la política a él, al contrario, ésta le ocasionó sinsabores y sombras, como acontece a muchos con frecuencia, iluminados por la gloria del arte, pero inermes ante la fuerza de la política maquiavélica.

Darío llamó tirano al Presidente de Nicaragua, Dr. Roberto Sacasa, y exaltó la figura del dictador José Santos Zelaya, quien después de muchas súplicas y recomendaciones, lo nombró Ministro de Nicaragua ante el Gobierno de Su Majestad Alfonso XIII, cargo que desempeñó con mengua de su exíguo peculio y

que dió lugar a interminables reclamaciones de pago de mensualidades vencidas.

"No creo demás manifestarle que, desde hace cuatro meses, no he recibido mi sueldo".

En Julio de 1908 nuevamente habla de penurias económicas.

*"Con mi sueldo solo, dice, me es materialmente imposible sufragar estos gastos (los de la legación) que las muchas exigencias de la vida diplomática en España requieren. Yo no quiero ser un Ministro decorativo -agregasino que usted me pruebe alguna vez en algo que pueda ser positivamente útil a su Gobierno. Mi deseo de servirle de un modo eficaz aumenta más cada día".*

Darío no fue ni pudo ser político "ad usum". Esta política carece de entrañas, y el Poeta siempre lo fue, es decir, siempre tuvo y mostró el oro de su corazón. La gratitud, rosa de los exquisitos, aromó su jardín interior. A raíz de la traición de los Ezetas de El Salvador escribió "La Leyenda Negra". Al Presidente Zelaya en Mayo de 1908 le escribió:

*"Nunca olvidaré ni sus indicaciones amistosas, ni sus preciosos consejos, ni todo cuanto debo a usted. Dejando a un lado los cargos y honores que le debo, y por los cuales le debo gratitud eterna, mi afición a usted es más viva por su personalidad que por su alto puesto".*

*"No extrañe usted recibir algún día cualquier aviso o anónimo en mi contra. Es condición humana que se desarrolle la enemistad con-*

*tra el hombre que se eleva, y usted me ha elevado mucho para no haberme suscitado enemigos".*

¡El político elevando al genio hambriento!

No, Darío no fue político de banderillas, ni pudo serlo. Hablando de la extraña dualidad anímica del Presidente de Colombia, Dr. Rafael Núñez, poeta delicado y político de recia personalidad, hombre de vastas especulaciones metafísicas y de acciones drásticas y férreas, dijo:

"Poeta político... no entiendo eso, o más bien, no lo quiero entender. Yo creo que no es otro el objeto, la atmósfera, el alimento, la vida de la poesía que el culto de la eterna y divina belleza..., que los señores políticos se entiendan con la suerte de los pueblos y arreglen esas complicadísimas máquinas que se llaman gobiernos, que los señores militares degüellen, defiendan o conquisten".

Y Darío fue un sensitivo. Su alma huyó temerosa de todo espectáculo brutal, cruel, falaz, como es todo combate. Y la política es un combate permanente. Además, nunca simpatizó con la plebe, no creyó en la libertad electoral ni en otras libertades proclamadas por nuestra incipiente democracia, porque dudaba de la honestidad de los llamados a concederlas y de la suficiente preparación de la muchedumbre para usarlas. Vió burlados la fe y los derechos y garantías del pueblo por las camarillas políticas.

*Continuará...*